DE LA MAYÉUTICA SOCRÁTICA AL PROMPT DE LA IA[1]

Profesor Gabriel Torres Salazar



Desde la plaza pública de Atenas al aula del siglo XXI,
el arte de preguntar para descubrir la verdad.

En el año 399 a. C., la ciudad de Atenas condenó a muerte a Sócrates. ¿Su delito? Formalmente, "corromper a la juventud". En la práctica, su verdadero crimen fue educar haciendo preguntas. Fue envenenado.

Hoy, más de 2.400 años después, nos encontramos frente a una pantalla vacía con un parpadeante cursor de texto. La tecnología ha dado un salto cuántico, pero la dinámica sigue siendo extrañamente la misma, estamos cara a cara con un interlocutor al que debemos aprender a interrogar: la Inteligencia Artificial (AI).

A diferencia de muchos de los grandes sabios de su época, la historia nos dice que Sócrates no dictaba cátedra ni vendía discursos afinados. Iba por la calle interceptando a políticos, poetas y artesanos para incomodarlos con cuestionamientos que desmontaban sus verdades ingenuas y absolutas. A este arte lo llamó *mayéutica*, convencido de que la mente humana no es un recipiente que hay que llenar de datos, sino un vientre que necesita ayuda para dar a luz sus propias ideas (mayéutica: del griego *arte de parir)*.

Existe una errónea creencia de que lo que llamamos Inteligencia Artificial es una especie de oráculo que lo sabe todo y que basta con presionar un botón para obtener respuestas divinas para humanos. Sin embargo, todo el que haya usado un chatbot sabe que a una pregunta vaga (dime quién soy) le sigue una respuesta insípida, robótica y predecible.

---

[1] Artículo de noviembre en portal: https://www.gabrieltorressalazar.cl/tipo-articulo/articulos-nuevos/

Aquí es donde entra la ingeniería de prompts. Un *prompt* no es una simple orden de búsqueda a una máquina que suponemos inteligente, es un marco de diálogo cibernético, entre el hombre y la tecnología.

Al igual que el método socrático, requiere: a) Contexto, decirle a la máquina desde qué perspectiva hablar, igual que Sócrates le pedía al juez hablar de justicia y al militar de valentía. b) Límites, definir las reglas del juego para no caer en ambigüedades, centrándose en lo específico. c) Retroalimentación, en el entendido que la primera respuesta es solo la materia prima para un diálogo más profundo.

Hay un detalle fascinante sobre cómo funcionan los modelos de lenguaje actuales de IA. No "piensan". No tiene alma, ni tienen convicciones propias. En términos estrictamente técnicos, son *completadores de patrones*, nos dicen los expertos y desarrolladores.
Esto significa, explican, que la Inteligencia Artificial actúa como un espejo exacto, e incluso extremo, del intelecto de quien la consulta. Un prompt mediocre extrae el promedio de internet; un prompt ingenioso, articulado y perspicaz fuerza al algoritmo a navegar por las capas más profundas de su base de datos.

La IA no te da su inteligencia, te devuelve el reflejo de la tuya.

En educación, durante décadas, el modelo de enseñanza priorizó al profesor como un transmisor de contenidos y al estudiante como un receptor pasivo. Con el tiempo el foco se centró en el aprendizaje del alumno y el maestro cómo guía del proceso. La IA rompe estos esquemas por completo. Si el alumno puede obtener un resumen o un análisis o la respuesta a la tarea del día en cinco segundos, ¿cuál es el verdadero trabajo en la clase?

La respuesta nos devuelve a Sócrates. El rol del docente no es competir contra la máquina respondiendo preguntas, es guiar al estudiante para que aprenda a interrogarla. Un buen profesor no controla solo la respuesta que entrega el chatbot, evalua la lógica y el pensamiento crítico presentes en la instrucción (*prompt*) que el alumno diseñó para obtenerla.

Durante mucho tiempo asumimos que el valor de la mente humana radicaba en la capacidad de memorizar, acumular y lanzar respuestas. Hoy, una máquina con programas de IA de última generación puede procesar bibliotecas enteras en milisegundos, cumpliendo esa triple tarea.

La ironía es clara: al automatizar todas las posibles respuestas del mundo, la era de la Inteligencia Artificial no ha venido a reemplazar el pensamiento humano, llegó para regresarnos a la plaza pública de Atenas. Ha dejado al descubierto que acumular información no nos hace sabios. Importa lo que preguntamos, cómo lo hacemos y en que empleamos la respuesta.

En un mundo donde las respuestas son infinitas y gratuitas, el verdadero valor humano ha vuelto al punto de origen: al arte socrático de preguntar. La mayéutica está en el prompt: ¿qué preguntar? ¿cómo y para qué?

Al final, sí —como ocurre— la IA nos está ayudando, mejor fijarle reglas que envenenarla.